

## La ciudad y la política: la pólis griega como imaginario

**MSc. Jorge Aragón**  
**Investigador**

En la actualidad, más de la mitad de la población mundial habita en ciudades. Ello nos inspira para reflexionar en torno a la correspondencia entre ciudad y relaciones de poder. Por ello, a través del presente artículo aprovechamos el espacio brindado por la sección IIPS OPINA para compartir una serie de cuestiones que escudriñan en el contenido político del hecho urbano. A decir de Castoriadis, la relación entre ciudad y política es el resultado de la imaginación creadora, donde cada sociedad produce una representación particular del mundo, misma que se pone en juego mediante la interacción simbólica. En tanto creación humana, el concepto de ciudad va más allá de la mera descripción de un espacio físico-territorial. Por ello, el gran regionalista y urbanista estadounidense Lewis Mumford llegó a la conclusión de que la ciudad es la forma y signo de una relación social integrada. De aquí en adelante la pregunta conductora en nuestra indagación será ¿cómo se ha producido la integración simbólica y concreta de lo urbano y lo político a lo largo de la historia?

La concepción clásica de la palabra ciudad, la *pólis* griega, alude a una estructura relativamente compacta, aunque de gran complejidad. Morfológicamente, la pólis articulaba dos grandes dimensiones: una ciudadela emplazada en la parte superior de una elevación natural (acrópolis) y un área reservada para cultivo, pastoreo, bosque y puertos. Inicialmente, el área central cumplía propósitos defensivos, pues su disposición se efectuaba normalmente sobre áreas adyacentes escarpadas, cuestión que implicaba una significativa ventaja sobre el enemigo. Con el tiempo, el carácter central de la acrópolis fue decisivo en la evolución

urbana de las *póleis* griegas las cuales, para efectos de resguardo, se encontraban plenamente amuralladas. Esparta fue la excepción a la regla.

El desarrollo económico de las póleis descansaba en su carácter autónomo. Cada cual poseía una legislación y formas de gobierno propias. Pese a ello, las póleis se consideraban herederas de una misma civilización, al compartir productos culturales de gran riqueza artística, filosófica, literaria y científica, así como creencias religiosas comunes. Creaciones imaginarias que, en su conjunto, les proporcionaban sentido de identidad a sus habitantes y dotaban a la sociedad de cohesión, pero también interdependencia.

Parte de esa identidad provenía del involucramiento de los ciudadanos en asuntos de interés público. El ágora, lugar de intercambio social y comercial, llegó a ser un producto urbanístico de tal importancia simbólica, que el mismo Aristóteles afirmó al respecto que los bárbaros eran incivilizados porque sus asentamientos no albergaban un espacio de reunión ciudadana y, por tanto, carecían de un lugar para celebrar la *Ekklesía* (asamblea). Sin ello, no hay consecución del bien común.

Pólis y política son palabras que provienen de la misma raíz. En consecuencia, podemos deducir una fuerte vinculación de los ciudadanos con respecto a aquellos asuntos

de carácter público que merecieran deliberación. El *zoon politikón* aristotélico adquiere su sentido en la medida que fabrica un producto socialmente simbólico que le permite alcanzar los fines propios de su condición humana, mediante la invención de la política como artificio. Desde luego, lo anterior fue consistente en aquellas ciudades que albergaron el llamado modelo cara-a-cara, donde el territorio y la población eran menores, a razón de entre cinco y ocho kilómetros de radio y de 2,000 a 4,000 habitantes, haciendo la observación de que la sociedad estaba compuesta de ciudadanos, metecos (extranjeros) y esclavos.

Para el caso de las pólis de mayor extensión territorial y demográfica como Atenas, Esparta y Tebas, es claro que el *demoi* fue la solución administrativa que permitió armonizar la relación entre ciudadanos a escalas micro, posibilitando la coherencia territorial y comunitaria. Pero su impacto en la vida política de la pólis fue tal que el *demoi* jugó un papel crucial en la transición del modelo aristocrático al democrático, en la medida que esta figura era la más próxima al individuo.

Aunque durante mucho tiempo prevaleció el consenso de que la pólis fue una ciudad-estado, en años recientes se ha cuestionado la legitimidad tal supuesto. Un estudio de Julián Gallego del año 2017 titulado “La pólis griega: orígenes, estructuras, enfoques”, reúne las principales argumentaciones que

sustentan el debate teórico al respecto. En síntesis, autores como Berent manifiestan que la pólis no fue un tipo de estado, sino más bien una sociedad sin estado que carecía de ejércitos encargados de la seguridad interna. Los individuos construían su propio modelo de gobernación mediante la legislación. En este caso, legislándose a sí mismos al crear una cultura de cumplimiento de la ley. El argumento que sostiene tal aseveración es que el orden social no dependía de la amenaza del uso de la fuerza, ya que los ciudadanos respetaban la ley en seguimiento a un ideal teleológico donde las dimensiones políticas y religiosas estaban arrojadas en las ricas narrativas literarias, las leyendas y los mitos.

Es por ello que Castoriadis descubre que la filosofía y democracia griegas son la captación imaginaria del mundo, donde la ley es filosofía puesta en práctica en la vida cotidiana y la pólis es la materialización de las aspiraciones políticas de una comunidad humana. Al fomentar la virtud en la vida cotidiana individual, se tenía como resultado lógico una comunidad políticamente fortalecida.

